

Jane
Austen

Las cartas de Chawton

Edición, introducción y notas
Kathryn Sutherland

Traducción
Marta Salís

ALBA

ALBA CLÁSICA

Colección dirigida por Luis Magrinyà

TÍTULO ORIGINAL: *The Chawton Letters*

© DE LA TRADUCCIÓN: Marta Salís

© DE LA EDICIÓN: Bodleian Library, Universidad de Oxford, 2018

© DE LA INTRODUCCIÓN Y NOTAS: Kathryn Sutherland, 2018

© DE LA IMAGEN DE LA PÁGINA 19: New York Public Library

© DE LA IMAGEN DE LA PÁGINA 25: Los Angeles County Museum of Art, donación de Charles LeMaire M.83.161.175

© DE LA IMAGEN DE LA PÁGINA 36: The Jane Austen Society

© DE LAS DEMÁS IMÁGENES: Jane Austen's House Museum, 2018

© DE ESTA EDICIÓN: **ALBA EDITORIAL, s.l.u.**

Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona

www.albaeditorial.es

DISEÑO: Pepe Moll de Alba

IMAGEN DE CUBIERTA:

Detalle de la dirección de la carta de Jane Austen a Cassandra Austen del 7 de febrero de 1813 (Carta VII)

© Jane Austen's House Museum, 2018

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2019

ISBN: 978-84-9065-602-0

DEPÓSITO LEGAL: B-20.153-2019

IMPRESIÓN: Liberdúplex, s.l.u.

Ctra. BV 2241, Km 7,4 Polígono Torrentfondo 08791 Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

IMPRESO EN ESPAÑA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

ÍNDICE

Agradecimientos	11
Cronología	13
Introducción	17
Carta I	37
Carta II	47
Carta III	51
Carta IV	57
Carta V	67
Carta VI	73
Carta VII	79
Carta VIII	87
Carta IX	95
Carta X	103
Carta XI	109
Carta XII	113
Carta XIII	117
Lecturas recomendadas	123
Índice onomástico-analítico	125

INTRODUCCIÓN

La voz en las cartas

Las cartas son el único testimonio donde Jane Austen habla y escribe con su propia voz: no se conservan anotaciones o diarios a los que confiara sus pensamientos y temores más íntimos. Independientemente de sus novelas, las cartas nos acercan al mundo en que se movía, pero desvelan muy pocos secretos personales. Aun así, los detalles y el tono ponen de relieve un sinfín de interrelaciones entre vida y literatura; por eso son tan valiosas. Henry Austen, en su «Nota biográfica de la autora» (1818), introducción de *La Abadía de Northanger* y *Persuasion* —las dos novelas aún sin publicar cuando la autora murió prematuramente en 1817—, basa el talento de su hermana como novelista en su aptitud para escribir cartas: «El estilo de su correspondencia familiar es exactamente el mismo que el de sus novelas». Henry deseaba, en parte, protegerla del estigma de la profesionalidad: la acusación de trabajar en sus novelas de un modo impropio de una dama, algo que obviamente hizo, como muestran algunas de las cartas reunidas en el presente volumen. Pero esto no significa que no tuviera algo de razón: que, tanto en el estilo como en el contenido, hay un nexo evidente entre sus informales cartas familiares y sus elaboradas novelas. Aunque Jane Austen no hable mucho en sus cartas del oficio de escribir (solo de vez en cuando, ¡ojalá lo hiciera más a menudo!), encontramos en ellas las mismas inquietudes socia-

les que en sus novelas. La autora defendió los temas que trataba en una carta incluida en este volumen y dirigida a James Stanier Clarke, bibliotecario del príncipe regente, quien, aunque parezca increíble, le había instado a escribir una novela histórica sobre la familia real. Ella le respondió educada pero firmemente: «Tengo que mantener mi propio estilo y seguir mi propio camino», que era recrear «estampas de la vida doméstica en un ambiente rural» (1 de abril de 1816). Y esta descripción podría aplicarse también a la mayoría de las cartas que escribió entre mansiones, rectorías y residencias menos elegantes del sur de la Inglaterra rural.

En algunas cartas conocemos a los familiares más cercanos y a otros miembros del círculo de amistades entre los que se movían habitualmente los Austen: hermanos, madre, cuñadas, tíos, amigos y vecinos. Vislumbramos la vida doméstica en Chawton, en el condado de Hampshire, el hogar de los Austen desde 1809: el alboroto en la cocina mientras hacen aguamiel; las naranjas que envía Betsey, la doncella, a Steventon, la casa de James —un hermano de la autora— a veinticinco kilómetros; cómo escolta a Jane por la noche «mi querido Thomas», el criado, desde la casa de unos vecinos; lo bien que se ocupa Browning, «casi un recién llegado», de las tareas de Thomas cuando este se casa; incluso aparecen los perros. Entramos en la rutina diaria de las visitas, las invitaciones a cenar, el té, las sociedades literarias y el intercambio de libros, el paseo a las tiendas y el envío del correo. Nos enteramos de lo que cuestan un par de guantes, del mejor itinerario para ir de Chawton a Londres en carruaje y de que las chuletas de cordero y el fiambre de jamón son una excelente comida para los viajeros a las tres de la tarde. Este mundo no solo comparte fronteras sociales, actividades y valores con el de las novelas de Jane Austen sobre familias pudientes y clases profesionales adineradas a principios del siglo XIX, sino también con gran parte de la narrativa femenina



ENGLAND — PLATE 24.

El cartero de *Picturesque Representations of the Dress and Manners of the English*, 1814, de William Alexander. El lacre rojo con que sellaban las cartas se ve en la ilustración.

de los últimos doscientos años: con los relatos sobre la clase media de Virginia Woolf, Barbara Pym y Joanna Trollope. La correspondencia con familiares y amigos es además, por tradición, una ocupación femenina, y no es casualidad que los primeros experimentos novelísticos, entre ellos los de la propia Austen, escogieran el género epistolar.

Una aspiración tanto de las cartas como de las novelas es reflejar con verosimilitud la vida cotidiana; el reto de ambas es distinguir lo verdaderamente importante entre los innumerables acontecimientos diarios. Una carta fechada el 18-20 de abril de 1811, y que Jane Austen envió desde Sloane Street, en Londres, empieza expresando este vínculo esencial con sus novelas: «Mi querida Cassandra –escribe–: Tengo tantas minucias que contarte». «Minucias» podría ser un buen resumen de las cartas y de las novelas hogareñas de la autora; en los dos casos, el lector tiene que distinguir las «minucias» trascendentales –el pequeño detalle que, desnudo, aporta mucho más de lo que al principio parece– de lo simplemente banal, pronunciado para llenar el silencio o escrito para llenar la página. En una carta significa sopesar la importancia relativa del «sabañón» de un tío, la llegada sano y salvo de un hermano al barco donde está destinado o el hecho de que vuelva a llover. En una novela, destacar la concentración con que Frank Churchill «arregla la montura de las gafas» (de la señora Bates) y el regalo de las últimas manzanas del señor Knightley a Jane Fairfax para que se le abra el apetito (*Emma*, capítulo XXVII).

Los que, como Emma Woodhouse se apresura a hacer también, desprecian el parloteo de la señorita Bates, la solterona más parlanchina de Highbury, por encontrarlo muy aburrido, deberían percatarse de que Jane Austen la presenta con las mismas palabras que eligió para referirse a sí misma en una carta a su hermana Cassandra: a la señorita Bates, también, «le gustaba mu-

cho hablar de minucias» (*Emma*, capítulo III). En el caudal atropellado de asociaciones que caracteriza su estilo de conversación comprimido y telegráfico, la señorita Bates se acerca mucho al modo en que Jane Austen escribe sus cartas más familiares; en la novela, como en las cartas, bajo la aparente naturalidad hay una técnica muy depurada. He aquí a la señorita Bates:

Los cristales se salieron de la montura esta mañana, ¿sabe usted? ¡Oh, es tan amable! Porque mi madre no podía usar las gafas... no podía ponérselas. A propósito, todo el mundo debería tener dos pares de gafas; sí, sí, todo el mundo. Ya lo dijo Jane. Lo primero que iba a hacer esta mañana era llevárselas a John Saunders, pero, por hache o por be, no he podido. Primero vino Patty a decirme que había que limpiar la chimenea. «¡Oh, Patty! –dije yo–, déjate de malas noticias. A tu señora se le ha roto la montura de las gafas.» Luego llegaron las manzanas asadas que la señora Wallis me mandaba con su hijo; ¡los Wallis son siempre tan atentos y amables con nosotros! Algunos dicen que la señora Wallis puede ser muy descortés y contestar de mala manera, pero con nosotros todo han sido atenciones. Y no es que seamos buenos clientes precisamente, porque ¿cuánto pan les compramos? Solo somos tres... además de nuestra querida Jane ahora... y ella no come casi nada; le asustaría ver lo poco que desayuna. No quiero que mi madre se entere de lo poco que come, así que digo una cosa y luego otra para distraerla hasta que acabamos.

(*Emma*, capítulo XXVII)

Y aquí tenemos a Jane Austen en todo su esplendor:

Admiramos muchísimo tus Charadas, pero de momento solo hemos adivinado la primera. Las demás parecen muy difíciles.

Pero hay tanta belleza en la versificación que descubrirlas es un placer secundario. Reconozco que hace un día helador, y no quiero ni pensar en el frío que pasarás cuando vayas a Manydown. Espero que te pongas tu Crepé de China. ¡Pobrecita! Te imagino tiritando, con los pies congelados. Qué infame ha resultado el señor Digweed; no se me ocurre nada ni nadie peor. En vez de ir a Steventon, ¡dan una Cena el próximo martes! Siento no haber comido Tartaleta de frutas en casa del señor Papillon; me dolía la cabeza y el único postre que me atreví a probar fue una Gelatina; pero estaba deliciosa. No había compota de peras; pero la señorita Benn tenía almendras y uvas. Por cierto, me dio recuerdos para ti la última vez que te escribí y se me olvidó decírtelo.

(29 de enero de 1813)

Quizá no sea una coincidencia que, de todas sus novelas, sea *Emma* la que elogia especialmente la oficina de correos:

La oficina de correos es un lugar maravilloso –dijo [Jane Fairfax]–. ¡Admiro su regularidad y prontitud! Si uno piensa en todo lo que hay que hacer, y lo bien que se hace, ¡es realmente asombroso!

(*Emma*, capítulo XXXIV)

La correspondencia de Jane Austen habla principalmente de la vida doméstica y social, y su destinataria es Cassandra Austen, aunque años después escriba también a sus sobrinos mayores. Su función principal era mantener las relaciones familiares y compartir unas noticias que podían ser tan triviales como la moda londinense de llevar velo, o tan importantes como un nacimiento, el ascenso de un hermano o, para el lector actual, algún comentario sobre lo que pensaba el círculo familiar al leer su última novela. La voz de las cartas, como el asunto que tratan, dependen de su

destinatario. Las de Cassandra son sin duda las más personales y menos reservadas, pues se dirigen a alguien con cuya simpatía, hablara de lo que hablara, podía contar. De ahí que puedan resultar difíciles de descifrar para el lector actual: las dos hermanas compartían bromas y opiniones sobre libros, familiares y vecinos. Existía tanta complicidad entre ellas que sobreentendían muchas cosas o se limitaban a insinuarlas. Con Cassandra, Jane Austen es divertida, autocrítica y, de vez en cuando, descaradamente cruel en sus comentarios sobre los demás; y escribe con la seguridad de que su lectora más querida se reirá y olvidará sus horribles comentarios: «La señora Bramstone es la clase de Mujer que detesto» (24 de enero de 1813); «Puedes matar a la pobre señora Sclater si quieres mientras estás en Manydown» (9 de febrero de 1813).

Con todo, las cartas de Jane a Cassandra no son epístolas privadas solo para ella, sino más bien boletines informativos. Jane y Cassandra Austen eran, de común acuerdo, las encargadas de escribir las cartas que, con una mezcla de noticias, cotilleos y opiniones, mantenían en contacto a toda la familia. Aunque las dos hermanas se mandaban cartas personales, escribían también en representación de las casas familiares donde se encontraban, ya fuera en el hogar que compartían en Chawton o mientras visitaban a sus hermanos: los distintos domicilios de Henry en barrios de moda londinenses, o la elegante finca de Edward en Godmersham, condado de Kent. Solteras y dependientes, ambas desempeñaban un importante papel viajando y escribiendo cartas entre las distintas ramas de su numerosa familia. La llegada de las cartas que se dirigían las dos hermanas era un acontecimiento social, así como una crónica de lo que sucedía en otros parajes: se leían en voz alta, se comentaban y pasaban de mano en mano, al igual que ocurre con las cartas de Jane Fairfax y Frank Churchill en las tramas epistolares secundarias de *Emma*. Incluso así, es tentador



Dama con un vestido mañanero, figurín de moda publicado por Ackermann en mayo de 1813.

descubrir en el estilo de lo que parecen notas que saltan de un tema a otro –algo que, en su forma extrema, caracteriza las cartas a Cassandra– una discontinuidad que, de vez en cuando, podría permitir a la destinataria censurar lo que compartía con su hermana, pasando por alto las frases que eran para ella sola.

Si ha sobrevivido la correspondencia de Jane Austen es en gran medida gracias a Cassandra. Su sobrina Caroline Austen describió cómo en la década de 1840 la tía Cassandra «inspeccionó y quemó» casi todas las cartas de su hermana: «Dejó varias en herencia a sus sobrinas, pero, a algunas de las que he visto, les faltan partes».² Según el último recuento, existen ciento sesenta cartas (ciento sesenta y una si incluimos su testamento) de una correspondencia que, por lo que escribía en los períodos de mayor comunicación, se calcula que rondaría las tres mil. Noventa y cuatro de esas cartas que se han conservado son de Jane a Cassandra. Las hermanas solían mandarse dos cartas semanales cuando estaban separadas; tardaban en escribirlas unos dos o tres días, y a menudo empezaban la siguiente hora después de enviarla, en vez de esperar a que les llegara la respuesta. Por este motivo, pueden convertirse (como ocurre en las cuatro cartas, aquí incluidas, escritas entre el 24 de enero y el 9 de febrero de 1813) en una conversación no sincronizada: «Viernes, 29 de enero. Espero que recibieras mi pequeño paquete [...] el Miércoles por la noche [...] y que estés dispuesta a recibir otra vez noticias mías el Domingo, porque tengo ganas de escribirte a diario». Otras cartas están dirigidas a sus hermanos Frank y Charles, embarcados en lugares tan lejanos como el mar Báltico o las Antillas; hay cartas profesionales a John Murray, su editor, y agradecimientos –cuidadosamente redactados– a James

² James Edward Austen-Leigh, *A Memoir of Jane Austen and Other Family Recollections*, ed. Kathryn Sutherland, Oxford University Press, Oxford, 2002, p. 174. [Versión española: *Recuerdos de Jane Austen*, Alba, Barcelona, 2012.]

Stanier Clarke por el favor real. En la siguiente generación, Jane Austen fue la confidente de sus sobrinos: Anna y Edward, los hijos con intereses literarios de James, su hermano mayor, consultaban a su tía sobre las novelas que escribían; Fanny, la hija de su hermano Edward, que se movía en círculos más elegantes en Godmersham, le pedía consejo sobre su vida amorosa.

Las cartas originales están repartidas por todo el mundo en colecciones públicas y privadas. De las trece cartas publicadas en este volumen, doce pertenecen a la Jane Austen's House Museum y una a la Jane Austen Society. Once fueron escritas por la propia Jane Austen, una por James Stanier Clarke y otra por Cassandra Austen. En conjunto, forman una pequeña pero maravillosa colección que sigue el rastro de una vibrante historia que empezó en 1801 cuando, a los veinticinco años, Jane Austen abandonó Steventon, su hogar desde la infancia, para instalarse en Bath tras la jubilación de su padre. Se recoge en ella la vida social de los Austen en los primeros y ajetreados meses que pasaron en la ciudad; y, a partir de 1809, las relaciones más estables que entablaron en Chawton. Otras cartas describen viajes a Londres para ir de compras, al teatro o de exposiciones. La carta-poema de 1809 fue redactada para Frank Austen, que estaba en China; pero también hay algunas que enriquecen nuestros conocimientos sobre la composición, la publicación y la acogida inicial de tres de sus novelas: *Orgullo y prejuicio*, *Mansfield Park* y *Emma*. La última carta, fechada en julio de 1817, la escribió días después de la muerte de Jane Austen su querida hermana Cassandra.

He llamado a esta colección *Las cartas de Chawton* porque las trece han encontrado al fin un hogar en esa antigua casa de Jane Austen. Algunas las escribió en Chawton; otras las envió allí. El título refleja, asimismo, nuestra deuda con Cassandra Austen, que pasó sus últimos años de vida en esa casa de Chawton y que

conservó los manuscritos y las cartas de su hermana hasta que su propia muerte los dispersó.

Cómo leer una carta

Existe el arte de leer, al igual que el de escribir, una carta; el verdadero significado se encuentra al margen del tema principal del texto. ¿Dónde se escribió? ¿Con qué esmero o despreocupación se eligieron las palabras? ¿Con cuánta formalidad se dirige al destinatario? ¿Se escribió con tinta, a lápiz o a máquina? ¿Cómo se envió? Siglos de protocolos y rutinas de enviar y recibir cartas, al convertirse en un recuerdo o abandonarse y caer en el olvido, transformados y sustituidos por distintas tecnologías de mensajería electrónica, han vuelto más valiosas que nunca las cartas manuscritas (o incluso mecanografiadas): sobre todo, cómo llevan la huella de su autor. Esto es evidente en los documentos originales, pero incluso una copia impresa puede conservar algunos de estos rasgos extratextuales.

Jane Austen utilizaba un papel de cartas estándar, que se vendía en las papelerías en hojas dobladas o en cuadernillos de cuatro páginas.³ Esta era la extensión habitual de una carta de la época; el texto principal se escribía de la primera a la tercera página, así como en la parte superior e inferior de la cuarta, ya que el centro de esta última página se reservaba para la dirección del destinatario. En aquellos tiempos no existían los sobres; se doblaban hacia dentro los dos extremos del papel, y luego se plegaba el centro y se sellaba con lacre.

El correo local en Londres empezó costando un penique en 1680; y subió a dos peniques en 1801, cuando las cartas se recogían y distribuían hasta ocho veces al día. Fuera de Londres, los gastos de envío, en función del peso y de la distancia, los pagaba el des-

³ Cada página medía aproximadamente 235 x 190 mm.

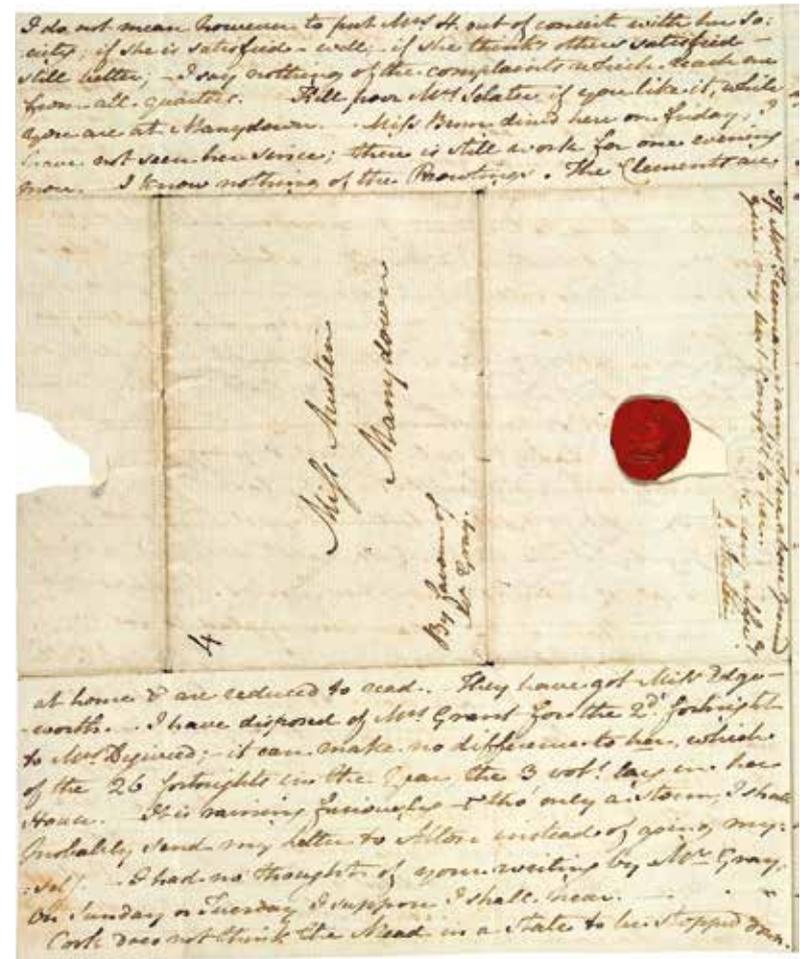
tinatario. Los parlamentarios podían mandar la correspondencia gratis, y «franqueaban» las cartas escribiendo a mano la dirección (y, a partir de 1784, la fecha), un privilegio que a menudo extendían a sus amigos. Aunque, en general, el hecho de que pagara el destinatario servía de incentivo para que el remitente aprovechara al máximo el papel: metiendo frases nuevas entre líneas y, de vez en cuando, dando la vuelta a la hoja y escribiendo en diagonal por encima del texto. Una letra bonita y saber aprovechar el papel eran motivo de orgullo, como demuestra la señorita Bates al elogiar las excelencias de la escritura de Jane Fairfax: «Normalmente llena toda la página y luego escribe en diagonal por encima hasta la mitad» (*Emma*, capítulo XIX). Esto explicaría también la cantidad de guiones que emplea Jane Austen en estas cartas: algunos señalan un cambio de tema allí donde esperaríamos un párrafo nuevo; y es que los guiones, desde luego, ahorran más papel que un párrafo nuevo. Como una autoridad contemporánea escribió:

El guión se pone a menudo, en un texto impreso, para ahorrar el espacio que se perdería al separar los párrafos. Se trata de un caso diferente. El guión va después de un *punto*. Es su uso en medio de una frase lo que aconsejo evitar.⁴

Incluso en letra impresa, estas cartas siguen pareciendo una conversación vivaz en la que fluyen sin cesar anécdotas, noticias, opiniones y cotilleos, un lenguaje especial que reconocemos como propio de Jane Austen.

Cada una de las cartas publicadas en este volumen está recién transcrita y lleva una introducción que la sitúa dentro de la vida de la autora, aclara su contenido (personas, lugares, temas,

⁴ William Cobbett, *A Grammar of the English Language, in a Series of Letters* (1819), edición de 1823 reeditada por Oxford University Press, Oxford, 2002, pp. 79-80.



Recuadro con la dirección en una carta de Jane Austen a Cassandra, fechada el 9 de febrero de 1813 (carta 7). El sobre no existía en esa época y las cartas consistían en una hoja de papel que se doblaba en cuatro páginas. Las rayas muestran cómo se plegaba al final sobre sí misma, y se utilizaba la parte central de la cuarta página para escribir la dirección. Para probarlo, doble una hoja de papel por la mitad para formar cuatro páginas (este aspecto tendría su papel de cartas, aunque fuera de otro tamaño). Escriba su carta en las tres primeras páginas y en un tercio de la parte superior e inferior de la cuarta, dejando en blanco la parte central. Doble el tercio de arriba y de abajo hasta que se junten los dos extremos. Luego sujete la carta en sentido longitudinal, y doble el lado derecho y el izquierdo hasta dejarlos superpuestos. Séllelos con lacre y escriba al dorso la dirección.

acontecimientos y lo más destacado que hay en ella) y explica su procedencia y llegada a la colección del museo. No he intentado normalizar ni la ortografía ni la puntuación características de Jane Austen. He dejado, asimismo, sus abreviaturas⁵ y sus caprichosas mayúsculas en nombres comunes en medio de una frase y para escribir los días de la semana: «Sábado», «Viernes». Esto no dificulta la comprensión del lector; de hecho, creo que le da otra dimensión. A principios del siglo XIX, incluso entre los escritores más cultos, la ortografía seguía conservando, como la caligrafía, una impronta más expresiva y personal, y las variaciones en la escritura de una palabra (en cuanto a su ortografía o al uso de mayúsculas) no se consideraban incorrectas. En este caso, en el contexto íntimo de una carta familiar o personal, las variaciones parecen expresar una voz individual que en absoluto desearíamos borrar.⁶

El cambio de página de cada carta se anota entre corchetes; así se ayuda al lector a comprender el modo en que Jane Austen llenaba las páginas. Nuestro propósito ha sido conservar, en la medida de lo posible, el sabor de la página escrita sin que esta resulte innecesariamente farragosa u oscura.

⁵ Las abreviaturas a las que se refiere (por ejemplo, *Feb'* por *February*, o *Even^g* por *evening*) no se han podido respetar porque no tienen correspondencia en español. [N. de la T.]

⁶ Algunas de las peculiaridades ortográficas y de puntuación no se han podido respetar porque no son traducibles; tampoco la mayoría de los subrayados frecuentes en las cartas, porque lo que Jane Austen subrayaba eran principalmente pronombres, posesivos y verbos auxiliares que en español no se traducen. [N. de la T.]